

---

**RELACIONES ENTRE HOMBRES Y MUJERES EN LA NOVELA  
SUDAMERICANA**

**PANTALEÓN Y LAS VISITADORAS  
CONFIESO QUE HE VIVIDO  
EL OTOÑO DEL PATRIARCA**

*de Vargas Llosa, Neruda y García Márquez, respectivamente.*

*Pilas Gogniat Moreno Lanz  
(Francia)*

*El amor qué es; Dios mío?  
¿qué es?, sino una llama  
que nos consume de ansiedades  
que no cesan.*

*Imágenes 1. Félix Franco Oppenheimer.  
Puerto Rico. 1959.*

Quiero testimoniar mi agradecimiento a los señores:  
Doña María Cecilia Benassy de „París 3” (Sorbonne).  
Don Agustín Redondo de „París 3” (Sorbonne).  
Don Juan María Bressand de „El Mundo Bilingüe”  
A mi marido y a mis hijos por su paciencia.

## **INTRODUCCIÓN**

A raíz de mis investigaciones de 1980, en la Sorbona de París, con el profesor Mauricio Molho (que en paz descanse) y con el profesor Juan Claudio Caballero, respecto al piropo callejero, escribí, como ustedes recordarán una ponencia sobre este tema en 1994, para el Congreso de Logroño, que gustó bastante, pues hasta tuve el honor de ver mi fotografía

en uno de los periódicos locales.

En prolongación, el año pasado, en Tarragona, realicé un estudio sobre el „halago social”, que quedó incompleto, pues le faltaron algunos ejemplos, lo que se me reclamó con mucha razón.

Ustedes me van a perdonar que no sea este año, cuando les dé la respuesta a aquel enigma tan misterioso y esotérico: ¿A dónde quería llegar Pilar cuando hablaba de obsequio y trampa?. Será para otra vez.

Para este Congreso número XXXI de la A.E.P.E. quiero avanzar en mis observaciones, a partir de una muy acertada por cierto y que yo agradezco en lo que vale, que me hizo nuestro egregio compañero el profesor Karl-Heinz Antón, cuando me señaló de manera muy acertada: „Lo tuyo es la lujuria”.

La verdad es que no me había planteado el problema bajo este aspecto, pero bien mirado tiene razón. Lo que me preocupa es la lujuria. Gracias Karl.

La tarea de escritora no es ni misteriosa ni trágica. A mi se me antoja que es una manera muy meritoria de entretener la imaginación además de poder ser una faena de beneficio público, pero reconozco que „cierta locura anda siempre del brazo de la poesía”, cito a Pablo Neruda.

Como la creación es una constante rueda que gira y gira sin parar con mayor conocimiento y conciencia cada vez, ustedes me perdonarán el atrevimiento de tratar en público un asunto tan escabroso como es éste de la lujuria:

„vicio que consiste en el uso ilícito o el apetito desordenado de los deleites carnales” y de tratarlo apoyándome en escritores tan formales y sensatos como Vargas Llosa, Neruda y García Márquez. Es por aquello de que: „El que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija” o aquello otro de: „Dios los cría y ellos se juntan”.

## **PANTALEÓN Y LAS VISITADORAS. VARGAS LLOSA.**

Quisiera que quedase bien claro que el trabajo que viene a continuación es una hermenéutica personal y que en ningún caso se podrá tomar como ejemplo erudito de crítica literaria.

Si escribo este estudio es para reivindicar la condición femenina y denunciar que pretextando sátira, ironía y sarcasmo se use y abuse de la mujer pobre e ignorante.

Lo que me subleva es la utilización inmoderada que se hace de la

feminidad como objeto de prostitución, erotismo y pornografía.

Lo que me subleva es que con el romántico pretexto de su misterio, el sexo femenino se utilice, como se utilizaba la escupidera en la época de la tuberculosis, como una bayeta para recoger el esperma masculino.

El tema de la novela: Pantaleón y las visitadoras, es la creación de un burdel para militares. Nuestro autor no se pregunta si las mujeres que se utilizan allí preferirían hacer otro oficio que éste tan inocuo de barraganas.

Novelas como ésta sirven de pretexto para justificar la brutalidad, la violencia, el abuso, la lascivia, la lubricidad, la obscenidad, la verdusquería.

Un poco de recato, de decencia, de moralidad, de vergüenza, de pudor, no vendrían mal.

La trata de mujeres es comercio cíe envilecimiento, de lenocinio y tan abyecto, degradante y profanador que vergüenza debería dar a quienes se permiten de tratarlo a la ligera.

No solamente corrompen a la mujer, sino que por vía de higiene dudosa, la mancillan en lo que tiene de más sagrado: Su matriz, cuna y receptáculo de la maternidad.

¡Cual ignominioso y deshonroso nos presenta Vargas Llosa al amor!

Y con qué astucia sagaz entretiene nuestra imaginación en los deleites carnales.

Aquí, nos la entendemos con un especialista, con un técnico, con un realista de la alcahuetería. Yo diría, sin miedo a equivocarme, que si en vez de Pantaleón, el protagonista se llamara Celestino no sería exagerado. Claro que con la diferencia de que en vez de coser virgos los desgarrar y bien poco se duele de lo lacerante, agudo y vivo que sea el dolor.

Los „cadetitos” necesitan comer y las presas que devoran son las despreciables mujeres pobres, „meretrices y ramera”.

Su pecado y su desliz es estar desamparadas y a Pantaleón le viene bien que así sea. La penetración, la algara, la invasión física y moral que empapa introduciendo el calvario y la pena en la vida de estas desgraciadas, importa un bledo a Pantaleón, o una eyaculación precoz que viene a ser lo mismo.

„Condenar al ser humano (y en particular a la mujer) a vivir aislado, sumido en la ignorancia y dolorosamente limitado en su ansía de saber, de opinar o de discurrir, es una cruel negación de la libertad” cito a Pedro Beltrán, erudito peruano autor de *La verdadera realidad peruana*. Editorial San Martín. Madrid, 1977.

Peor crueldad es la de obligar a la mujer a amancebarse y a ultrajar su propio cuerpo, vendando sus ojos, amordazando su boca y tapando sus oídos a las protestas. Que desgraciadamente quedarán sin valor, sin ser escuchadas.



Pero estamos nosotros aquí para señalar con el dedo a la lujuria de los unos contra el abuso y el sufrimiento de las otras.

Lo triste es que a quien en verdad se ultraja, en Pantaleón y las visitadoras, es al pueblo peruano.

¿Qué garantías puede esperar de que las jóvenes de familia no sean también atropelladas? Y que, ¿de la prostitución no se pase a la droga, al SIDA y a la muerte?

Fuera del propósito puramente literario, que me lleva a confiar en que ésta no fuera la intención esotérica de esta novela, he llegado a convencerme de que era necesario, para satisfacer el natural deseo de comprender, ver lo que se oculta tras palabras aparentemente anodinas, que nos quieren convencer, a nosotros y a la gente de la calle, de que lo más sórdido y trágico constituye la norma.

La verdad es necesaria si se quiere gozar de libertad, que es todo lo contrario de lo que pasa en discotecas y lugares de recochineo, de chacota y de embaucamiento de la juventud, a la que dejan con un palmo de narices.

El estraperlista, el estafador tienen allí su guarida y su cubil, su madriguera y su refugio de vicio, de lacra y resabio, además de otro bastante más sabroso de rendimiento, utilidad y provecho. ¿Que pacta con el diablo? El bellaco, el depravado, el perverso no se para en barras. Su lema es: „A vivir que son dos días”.

Si el señor Vargas Llosa quería hacernos reír con su ingenio y con la sutileza de una novelita como ésta, se lleva un chasco. El efecto es todo lo contrario: Encontramos abyecto todo lo que en ella dice, desde el principio hasta el final. Y me quedo corta.

„Comer poco y beber menos a lujuria pone freno”, nos dice el refrán castellano. La solución para sus cachondos cadetes.

Insisto pues, en que lo que más nos sorprendió fue el tono satírico del relato, la crítica abierta al militarismo y a los problemas adyacentes, entre ellos el más crucial: La libidine masculina.

Señores, un poco de respeto.

## CONFIESO QUE HE VIVIDO. PABLO NERUDA.

No todas las relaciones entre hombres y mujeres son de esta índole. Por ejemplo Pablo Neruda empieza su libro con el retrato de la madre y de la madrastra.

A la primera la describe con una imagen sublimada muy propia para una muerta: „Era una señora vestida de negro, delgada y pensativa. Me han dicho que escribía versos, pero nunca los vi”.

No me parece sino que estuviera hablando de un espíritu, más que de una persona de carne y hueso que para concebirle tuvo que disfrutar de su juventud y fogosidad lo que implica, o debería implicar, el gozo carnal lícito y reconocido del matrimonio.

„Mi padre se había casado en segundas nupcias con doña Trinidad Cancia Marverde”.

Así nos presenta el poeta a la persona que va a cuidarlo y a darle la ternura y el cariño que necesitó durante su infancia. En efecto: „Me parece increíble tener que dar este nombre (madrastra), al ángel tutelar de mi infancia”.

Por lo que se ve sus relaciones fueron agradables, pacíficas, deleitosas. Lo que demuestra que no todas las madrastras son agrias y retorcidas como la de La Cenicienta.

A mi parecer esta mujer tenía que tener poca consistencia: „Apenas llegaba mi padre, ella se transformaba sólo en una sombra suave”. Se convertía en la prolongación de la muerta, no tenía ni voz ni voto. Qué curioso ¿no?

Sólo servía como objeto utilitario de las tareas domésticas, cuando el hombre llegaba.

La madrastra ni siquiera „escribía versos”. No debía tener ni tiempo ni ganas.

Era en 1907 en Chile.

Pablo nada dice de las dudas que aquella mujer podía tener. Nada nos dice de sus problemas, ni de sus incertidumbres. Quizá no existieran, por aquel entonces, la desconfianza, ni los escrúpulos, ni las vacilaciones.

Cuánto nos gustaría conocer la receta de este bienestar.

Habría que volverla a descubrir, para emplazarla en la época caótica y descompasada que nos toca vivir. Pero no siempre fue así. Aquí voy a insertar, y ustedes me lo perdonarán, una larga cita nerudiana que interpreto como un homenaje a la mujer intelectual americana:

„Por ese tiempo llegó a Temuco una señora alta, con vestidos muy largos y zapato de taco bajo. Era la nueva directora del liceo de niñas. Venía de nuestra ciudad austral, de las nieves de Magallanes. Se llamaba Gabriela Mistral. Yo la miraba pasar por las calles de mi pueblo con sus ropas talaras y le tenía miedo.

Pero, cuando me llevaron a visitarla, la encontré buenamoza.

En su rostro tostado en que la sangre india predominaba como un bello cántaro araucano, sus dientes blanquísimos se mostraban en una sonrisa plena y generosa que iluminaba la habitación”.

Lo único que quiero poner de relieve son dos cosas: Pablo se asusta ante una mujer superior. Su juventud no le impide considerarla como una mujer de carne y hueso, posible presa del predador que duerme en su alma.

Mucho se nota en Pablo la influencia francesa. Lo digo porque a menudo hace alusión a personas de esta nacionalidad.

Por ejemplo nos habla de tres viudas aristócratas (de las que no nos da el nombre), pero de las que nos revela su tolerancia y su generosidad. Estas tres mujeres son el prototipo de la bondad: Pelo blanco, voz suave de fantasma, delgadas, enlutadas Su entorno es su propio reflejo: Viven en una casa aislada, solitaria, pero eso sí, muy lujosa:

Salón, lámparas, platería, cristalería de buen tono, manteles blancos almidonados, un álbum, un abanico son sus señas de identidad. Todo dentro del silencio.

Una relación muy insólita y que calificaría de inventada es la que Pablo tiene con una mujer adúltera. A las barbas y vistas de todos, por la noche se mete con él.

Ello se justifica por el hecho de que están durmiendo al aire libre en pleno verano. Claro, ya se sabe: El calor, el agobio, los furores del estío, etc., etc.

Aquí don Pablo se imagina una bonita aventura de vacaciones, que según parece fue sin otras consecuencias que la de echar „una canita al aire” compartida con una mujer casada, pero aburrida del marido.

¡Un poco difícil de creer!

Claro que, el poeta prefiere, y con mucho, los amores juveniles.

Entre las mujeres que más le gustan está Marisol de „ojos oscuros y de alegría y vivaz belleza”.

Menos mal, ya empezamos a alejarnos de los fantasmas...

También le gusta a la locura, Marisombra, la estudiante de la capital: „Boina gris, ojos suavísimos, olor a madreSelva”.

Lo que nos defrauda bastante es cuando Neruda descubre, con un



compañero, a la verdadera mujer, la profesional, la que conoce las artes del amor.

Sucede en París. Pero nuestro poeta no se siente con fuerzas suficientes para asumir el placer y a sus servitudes. Por ello no tardan en huir, como dos conejos, él y su compañero.

Sin embargo las líneas escritas a este respecto son muy emocionantes. Les remito al libro.

Como ven ustedes, no he intentado aquí analizar la estructura de la novela, ni el papel de los personajes, tan sólo he querido determinar la inmensidad del poder del hombre y la inmensidad del poder de la mujer y empalmar las dos mitades del género humano, tan distantes la una de la otra.

## **EL OTOÑO DEL PATRIARCA. GARCÍA MÁRQUEZ.**

Aquí se nos presenta un país imaginario regido por un dictador que vive en un palacio en ruinas lleno de animales domésticos.

La decadencia del dictador queda reflejada en la vida del país, que languidece sin cesar.

Todo aquí es desolación, desesperanza, dolor, amargura. Desde las primeras páginas todo huele a muerte y abandono.

¿Cuáles han podido ser las relaciones entre hombres y mujeres en un lugar tan desolador? Es la pregunta que nos hacemos.

La respuesta nos salta a la vista: Han sido unas relaciones mutiladas, incompletas, lisiadas, ajadas, tristes que no han dado más descendencia que "una recua de sietemesinos" es decir de seres inacabados, incompletos, mutilados, reflejo de las relaciones dueño-esclavo de los padres.

Aquí hay muy que pensar.

Sobre todo para encontrar remedio a esta situación.

Pero el remedio es difícil de definir y de concretizar.

Ante la situación despótica y autoritaria de los hombres, ¿cómo reaccionan las mujeres? Reaccionan sin gusto, sin apetito. Asumen su condición sin protestar.

La paradoja del relato es que cuando penetramos en la vida del patriarca, éste ya está muerto. ¿Querrá esto decir que la democracia tiene ya el campo libre?

¿Las viudas concubinas y los hijos inacabados podrán dar rienda suelta a sus deseos? ¿A sus vocaciones? ¿A sus instintos?

¿Cuál será el resultado de esta franquicia, de esta remisión, de este

recreo? ¿No será peor el remedio que la enfermedad?

El tiempo lo dirá.

## CONCLUSIÓN

Ahora que ya termino, no voy a entrar en pormenores estilísticos, que emplearon o no emplearon los autores que he tenido el honor de presentarles y que espero les hayan interesado.

Lo que si quiero evocar, antes de despedirme de ustedes, es el efecto que nos produce y que desde niños nos ha producido el tema del sexo y de lo sexual. Tema tabú por excelencia.

Lo que nos gusta en él son la pasión, la amistad, el erotismo y la adoración.

Lo que nos horripila es la malquerencia, el despego, el abuso, la indiferencia.

Estos Congresos Internacionales, como ya dije en años anteriores, nos permiten clarificar ciertas actitudes, justificar ciertos temperamentos, limar diferencias y eliminar indiferencias.

Pues bien mirado ¿qué distingue a un hombre hambriento de una mujer muerta de hambre?

De esta evidencia: Nada los distingue, se deduce la igualdad de sexos.

Mil gracias por su amable escucha.